

Construir *pazes* ambientales desde las agroecologías políticas. Realidades, retos y reexistencias

ANTONIO ORTEGA

Hace tiempo que la humanidad ha iniciado un proceso de deconstrucción de sus relaciones sociales, emocionales y semióticas con la Tierra, con nuestros territorios y nuestros paisajes. La Modernidad capitalista nos convenció de un mundo sin límites, de unos recursos disponibles intergeneracionalmente, de un bienestar sin parangón en tiempo y espacio. Pero esa misma Modernidad, con su espejo desarrollista ha impreso una huella de insustentabilidad material, energética y reproductiva. La voracidad del Norte global se ha expresado en formas imperia-listas de matriz ecológica que han quedado impresas en los cuerpos, los lugares, los mares y los océanos de las comunidades del Sur global. Esta ruptura de la paz ambiental es una realidad que debe ser contrapesada con saberes que nos reconcilien con la Tierra.

Son muchos los espacios de extracción biofísica, material y corpoterritorial que las comunidades, no solo países del Sur global, han sufrido a lo largo de la historia; igualmente, son muchos los procesos de resistencia, lucha y confrontación en defensa de la forma de vida que mujeres, sobre todo, y hombres han ejemplificado en las diferentes y sucesivas oleadas de la economía de saqueo que el capitalismo global ha protagonizado en los últimos siglos. Son muchos también los episodios de reexistencia de las capacidades de adaptación antes estos avances colonizadores; muchos los mundos posibles donde la identidad del lugar se impone, desde prácticas comunalizadoras o recomunalizadoras al avance del ecocidio-genocidio.

Son muchas las aproximaciones posibles a las prácticas de reexistencia, de puesta en valor de saberes agrarios, ganaderos o forestales que perviven en los lugares, a pesar de las praxis de epistemicidio protagonizadas tanto por el corporatismo global, como por la propia academia eurocéntrica. En este texto propone-

mos la necesidad de explorar un horizonte de vida, de vida humana sentipensante, de vida reconciliando lo que podemos con lo que tenemos a nuestro alcance y con una necesidad esencial ante al abismo civilizatorio: cuidar nuestros cuerpos con una alimentación que nace del respeto a la vida en los territorios y a la salud.

Para ello, se propone una pauta reflexionada sobre cómo sembramos, comemos y vivimos¹ para dinamizar nuestra conciencia de soberanía y producción alimentaria respetuosa con los territorios, en el marco de un pensamiento decolonizador que plantee como fracturar o romper con los sistemas agroalimentarios del *agro-business* que ocupan, contaminan y enferman nuestros cuerpos.

Pensemos, hablemos y reflexionemos sobre el primer y más revolucionario ámbito de nuestra vida: cómo nos alimentamos.

La agroecología como conocimiento para crear un mundo más sustentable

La Modernidad capitalista a partir del siglo XVII implementó un cambio de modelo académico y de conocimiento que nos convirtió en consumidores de nuestros territorios

La Modernidad capitalista a partir del siglo XVII implementó un cambio de modelo académico y de conocimiento que nos convirtió en consumidores de nuestros territorios y de seres no humanos (animales y plantas). Forzamos una violencia corpoterritorial en la que nuestra sustentabilidad quedaba ceñida al ámbito del consumo, del mercado, del crecimiento y progreso ilimitado como oxímoron.

Este mito se refleja en el espejismo del extractivismo como palanca de alteración agroecosistémica. Como bien indica Felipe Giraldo,² el agroextractivismo tiene la capacidad de desvelar lo oculto, por ejemplo, la pretensión de producir más con menos (en teoría), haciendo emerger lo no visible para el ámbito de la consunción permanente. El modelo que se implanta con la Modernidad supone la pérdida de tierras, el empobrecimiento de vida y saberes, y la degradación ambiental que no superan las herramientas de análisis de la sustentabilidad. Perdemos vida, per-

¹ Antonio Ortega Santos, *Sembramos, Comemos y Vivimos. Saberes Agroecológicos desde los Sures*, Editorial Comares, Granada, 2023.

² Felipe Omar Giraldo, *Ecología política de la agricultura. Agroecología y posdesarrollo*, El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, 2018.

demos saberes, perdemos conocimientos aplicados a la vida, y, con ello, se destruyen las bases bioculturales de nuestra reproducción.

Se lee este proceso desde el antropocentrismo como vértice civilizatorio, en el que la vida humana es nodal y las demás formas de vida son periféricas y subalternizadas para las necesidades de la primera. Se trata de producir para consumir (con altos niveles de consumo de energía endo y exosomática), en lugar de producir para vivir.³ Recodificamos y capitalizamos la naturaleza –en el marco de la lógica del paradigma científico eurocéntrico y parcelario del conocimiento– dejando de nombrar la realidad. Los bienes naturales se convierten en meros *commodities* en manos de la revolución verde.⁴

Caminamos hacia una lógica del cálculo, de la medición predictiva sobre las tierras, los bosques, las pesquerías en el que solo concebimos esos bienes como bienes de fondo, *stocks*, mercancías, puestas como visibles desde un paquete tecnológico que estraga y consume la tierra. Esta apuesta solo es posible desde la aplicación de otro elemento central de la lógica de los saberes coloniales: la lógica del tiempo lineal. Aunque volveré más adelante sobre ello, indicar aquí que las monoculturas del saber de la Modernidad nos empujan a desechar la circularidad del tiempo y de los procesos de vida primando la linealidad del tiempo moderno, eurocéntrico y funcional en aras de los conceptos «desarrollo» y «progreso».⁵

Los estragos del modelo emanado de la Modernidad han producido cambios en sistemas productivos, modificación de suelos, irrupción de utillajes y artefactos (en el largo ciclo de interacción entre revolución industrial y revolución agrícola), junto a la relación monetarizada/salarizada de las economías campesinas con su entorno –forzadas por la lógica del capitalismo agrario–. Todo ello, invita a una necesaria reflexión crítica sobre la periferización de las economías campesinas no solo a escala global, sino en los territorios europeos. ¿Podemos hablar de colonialismo interno? ¿Podemos referirnos a las luchas campesinas como luchas de/anti/coloniales desde el siglo XVIII hasta la actualidad?

³ Vandana Shiva, *Los monocultivos de la mente* Editorial Fineo, Monterrey, 2007.

⁴ Enrique Leff, *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza* Siglo XXI Editores, México D.F., 2004.

⁵ Wolfgang Janke, *Postontología* Pontificia Universidad Javeriana- Organización de los Estados Iberoamericanos para la Educación la Ciencia y la Cultura, Bogotá, 1988.

Hace tiempo, Philip McMichael⁶ identificó esta impresionante expansión del agroextractivismo con el inicio, a partir de 1870, del primer régimen alimentario a escala global. Conviene entender cómo el capitalismo articula y depende de flujos alimentarios estructurados que se apoyan en la reproducción ampliada del capital y el ejercicio de formas particulares de poder. Según el autor, el primer régimen alimentario de libre comercio impulsado por el imperio británico se caracterizó por la implantación de una agricultura de monocultivo altamente especializada en sus colonias y la importación de productos coloniales resultantes hacia Europa para aprovisionar a las clases industriales emergentes. Este orden colonial cubría en 1914 más del 85% de las tierras globales, que fueron disciplinadas con el extractivismo para la producción de alimentos a escala global.⁷

La gente del ecosistema, es decir, el campesinado que «tejía y hacía territorios agrícolas diversos» –sentidos, pensados– fue forzado a vender su fuerza de trabajo en pro del sistema alimentario a la vez que mantuvieron vivas sus prácticas cotidianas de reproducción doméstica. Sus mundos se vieron inmersos en esta nueva lógica y fueron forzados a adaptar su mundo, con dificultades de traducción en un discurso racional. No son solo territorios, son cuerpos en actos reproductivos con la tierra, en condiciones históricas que diseñaron hábitats, cultivando terrazas, huertas, oasis, milpas o camellones,⁸ y aplicando de forma inteligente sus saberes bioculturales mientras se expandía la agricultura intensiva y de matriz colonial.

Emergió la naturaleza desde lo «oculto» para ser explotada, sojuzgada según los mandatos del capital y los rendimientos futuribles. El *agrobusiness* alcanza su cénit con el paradigma de la revolución verde, que se ha trocado en la antítesis de lo que pretendía, causando la devastación de la tierra, la desertización de las fuerzas vitales, y el progresivo derrumbamiento de las condiciones ecológicas que necesitamos para permanecer sobre la faz de la Tierra.

Este modelo de agronegocio ha supuesto a largo plazo:

– Acaparamiento de tierras y despojo campesino (descomunalización) conduciendo a una acentuación de la inequidad en el acceso a la tierra.

⁶ Philip McMichael, *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*, Miguel Ángel Porrúa, México, D.F. 2015.

⁷ Hannah Holleman, «De-naturalizing ecological disaster: colonialism, racism and the global Dust Bowl of the 1930s», *The Journal of Peasant Studies*, n.º. 44, (1), 2016, pp. 234-260.

⁸ Omar Felipe Giraldo, «Geopoéticas de la Agri-Cultura y el Agroextractivismo Industrial: La Pregunta por el Habitar», «Geopoéticas de la Agri-Cultura y el Agroextractivismo Industrial: La Pregunta por el Habitar», *Geograficidade*, 5, pp. 76-88. DOI:HYPERLINK "http://dx.doi.org/10.22409/geograficidade2015.50.a12930"10.22409/geograficidade2015.50.a12930



- Pérdida de soberanía alimentaria por productores y consumidores, forzados a trabajar en un marco de maximización de beneficios comerciales, y no de salud, resiliencia o bienestar colectivo.
- Pérdida de paisajes multifuncionales, diversos dentro de un marco de homogeneización para optimizar los discursos de la producción económica.
- Pérdida de saberes campesinos (epistemicidios), de semillas, de cultivos tradicionales (ecocidios) incluso del asesinato de los defensores de la tierra (genocidios como asesinatos continuados de líderes en defensa de sus pueblos) para extender las fronteras agroganaderas en el Sur global.

Pese a todo, cabe la reexistencia en el Sur global, tanto por la asunción del proceso de acomodamiento al régimen productivo agroalimentario dominante en los inters-

Pese a todo, cabe la reexistencia en el Sur global a través de otras ontologías relacionales propias de los mundos rurales

ticios bioculturales posibles, como por la defensa de otras ontologías relacionales propias de los mundos rurales. Nos concebimos arraigados a lugares concretos, a un lugar-territorio desde la afección y los sentimientos, autorreconocidos como hijos de campesinos y a la vez, asumiendo la condición afectiva de seres afectados por sufrimiento desde la perte-

nencia a la Tierra. Como bien indica Arturo Escobar,⁹ los seres en los pueblos del Sur no se pueden imaginar sin el territorio y las lógicas comunales inmanentes a sus prácticas de vida. Frente a ello, el orden del desarrollo impone la necesaria precondición de la resignificación del lugar y de las identidades territoriales. Ante esto, surgen los movimientos agroecológicos desde el Sur global en sus diferentes y múltiples adscripciones. En particular, como escribe Peter Rosset et al,¹⁰ «los movimientos sociales rurales constituidos por familias campesinas, indígenas y otras poblaciones rurales, están defendiendo activamente los espacios rurales, disputándolos con los agronegocios nacionales y transnacionales, así como con otros actores del sector privado y sus aliados en los gobiernos». La ecología política de la agricultura es precisamente el escenario de lucha en el que los movimientos sociales disputan la hegemonía no solo de los instrumentos políticos para implementar políticas agrícolas más respetuosas con la vida sino también del control de las condiciones ontológicas, epistémicas y éticas que permiten la construcción de territorialidades que entretejen con bosques comunitarios, montañas y ríos. Esto constituye, en úl-

⁹ Arturo Escobar, *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, Ediciones Unaula, Medellín, 2015.

¹⁰ Peter Rosset y Miguel Altieri, *Agroecología, Ciencia y Política* Editorial Icaria, Barcelona, 2018.

tima instancia, la potente imagen proyectada en su utopía, y en oposición al agro-negocio latifundista y sus desiertos verdes sin familias campesinas.¹¹

Pasos hacia un futuro agroecológico. Nuevas *pazes* ambientales

Las agroecologías políticas tienen como nodo central vertebrador la idea de escalar los procesos de construcción agroecológica tanto horizontal (*scaling out*) como verticalmente (*scaling up*). La crisis socioambiental no es solo crisis ecosistémica sino también una crisis sociometabólica, y puede no ser resuelta de igual manera en el Norte y el Sur global ya que las lógicas de construcción de propuestas políticas difieren. Como bien indicaron Gezon y Paulson, «el control y uso de los recursos naturales y, consecuentemente, el curso del cambio ambiental», está moldeado por las «relaciones multifácticas de la política, del poder y de las construcciones culturales del medioambiente».¹² Este es el fértil nudo de diálogos interepistémicos que permite diseñar conocimientos en los que los actores sociales permean, abordan sus procesos de colaboración con los diseños institucionales de políticas públicas.

Existen elementos que se deben pensar colectiva, reflexiva y críticamente en torno a los procesos de diseño colectivo de regímenes alimentarios. Para que sigan construyendo proyectos agroecológicos se apuesta por una dimensión institucional, de «lo político-institucional», que tiene una radicalidad capaz de vertebrar formas de colaboración, pero que no deja de tener vectores de construcción nortocéntricos.

La agroecología política debe desarrollarse en una doble dirección: como una ideología que, en competición con otras, se dedica a difundir y convertir en hegemónica una nueva forma de organizar los agroecosistemas basada en el paradigma ecológico y en la sustentabilidad; pero también como campo disciplinar que se ocupa del diseño y producción de acciones, instituciones y normas tendentes al logro de la sustentabilidad agraria.¹³

¹¹ La Vía Campesina, «Declaración Foro Internacional de Agroecología», 2015. <http://viacampesina.org/es/index.php/temas-principales-mainmenu-27/agricultura-campesina-sostenible-mainmenu-42/2354-declaracion-del-foro-internacional-de-agroecologia>

¹² Lisa Gezon y Susan Paulson, «Place, power, difference: Multiscale research at the dawn of the twenty first century», en Paulson, Susan y Gezon, Lisa (eds.), *Political ecology across spaces, scales and social groups*, Rutgers University Press, New Brunswick, 2005, pp. 1-16.

¹³ Manuel González de Molina, Paulo Petersen, Francisco Garrido Peña y Francisco Roberto Caporal, *Introducción a la Agroecología Política*, CLACSO, Buenos Aires, 2021.

Pensar los territorios como lugares agroecológicos implica relocalizar nuestras formas de vida, movilidad y sustentabilidad, encapsuladas en la expresión «menos es más y mejor», en el apoyo y aparataje que la agricultura familiar agroecológica puede ofrecer, dados los altos niveles de asociatividad, y una alta aplicabilidad en

La ecología política de la agricultura es precisamente el escenario de lucha en el que los movimientos sociales disputan la hegemonía

el campo de la agrobiodiversidad. Esto puede permitir un avance de una agricultura familiar que se convierte en un manejo de la tierra que puede ser manejada como depósito de biodiversidad, cuya función es proveer recursos económicos a las comunidades mediante el pago de servicios ecosistémicos. Pero también puede orientarse a políticas

de agroecológicas, manejadas desde Sistemas Participativos de Garantía¹⁴ que articulan una toma de decisiones sobre producción sustentable de bienes alimentarios, mediante acuerdo entre consumidores y productores. Tales sistemas se traducen en una forma de comercialización mediante ferias locales o regionales que tienen dos retos y/o limitaciones:

Reto 1. Estas ferias pueden llevar aparejadas formas de segmentación del acceso a los bienes de consumo y productos locales favoreciendo solo a sectores con altos niveles de compra, requiriendo de una reflexión colectiva para evitar procesos de «gentrificación territorial», ampliando el rango de acceso a estos bienes en lugares y grupos con menores ingresos y renta.

Reto 2. En los escenarios COVID y PostCOVID¹⁵ la producción agroecológica ha tenido una recesión hacia el autoconsumo y hacia la producción local, abriendo o acentuando la brecha que la agricultura familiar tenía para con el acceso a otros mercados, dificultando el rango de accesibilidad a estos productos para muchos consumidores. En cualquier caso, esta situación, junto con inercias previas, supone una reducción de costos e insumos, al apostar por un autoconsumo junto al incremento de los beneficios para la salud de familias y comunidades.

Reto 3. No habrá revoluciones agroecológicas, sin ser revoluciones agrofeministas. Resulta clave lo que denominamos como feminización de la agroecología que

¹⁴ Los Sistemas Participativos de Garantía (SPG) son mecanismos de certificación alternativos y de base local que aseguran la calidad de productos (especialmente agroecológicos u orgánicos) a través de la participación activa de los actores involucrados en la producción, incluyendo agricultores, consumidores, técnicos y organizaciones sociales. Se basan en principios de transparencia, confianza mutua y corresponsabilidad, fortaleciendo los lazos comunitarios y los conocimientos compartidos.

¹⁵ Antonio Ortega Santos y Chiara Olivieri, *Saberes Bioculturales. En pie de resistencias en el Sur Global*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2020.

desde perspectivas eurocéntricas se define como agroecologías feministas.¹⁶ Su papel como productoras y lideresas de las organizaciones destacan al ser depositarias de los saberes bioculturales, orientadas hacia la reproducción de la familia campesina en el ámbito de la producción en huertas para el autoconsumo, saberes de la agrobiodiversidad que conviven con trabajos no agropecuarios remunerados y masculinizados que completan las rentas de la familia campesina como unidad de producción y reproducción ampliada.

Es preciso dignificar el rol femenino de producción agraria que no puede estar exento de problemas y complejidad en el marco de sociedades reacias al reconocimiento de estos roles feminizados en la escena pública y productiva que se expresan en la subalternización del trabajo femenino y la sobrecarga con los trabajos de cuidados junto a la producción agroecológica. Definir su trabajo como agroecología es un «tópico extraño» para estas mujeres que conciben este concepto como un «academicismo extraño a la comunidad», pero que apuestan por un mayor rechazo al uso de insumos químicos y la custodia y siembra de semillas.

Un elemento central es la combinación de prácticas de agricultura convencional y cultivos agroecológicos en los mismos predios, o zonas de producción; aunque en muchos casos la tolerancia al uso de agroquímicos, fertilizantes, acceso a mercados no convencionales son solo algunos de los episodios que responden a la incapacidad de los productores locales para defender su autonomía productiva en todo momentos y espacios, además de anunciar una limitación que abordaremos al final de este texto: la cooptación de las agroecologías.

Uno de los factores limitantes y de las amenazas del proceso de implementación de la agricultura familiar viene devenida tanto del importante rol femenino en la producción como de la sobrecarga que suponen también los roles de cuidados y trabajo doméstico de esta sobredotación de trabajo femenino para la actividad agrícola, reforzada por los procesos migratorios de sesgo masculino.

Retos para un futuro agroecológico. No estamos solas construyendo territorios de saber, hacer y politizar la vida

Considerar la soberanía alimentaria como una apuesta de futuro implica un compromiso intergeneracional para mitigar el impacto del cambio climático, resituar la

¹⁶ Ganaderas en Red. <https://www.ganaderasenred.org/>

vida y situar los cuidados en el centro de nuestra cotidianidad. Para ello es necesario relocalizar y desmercantilizar las formas de producción agroecológica, por lo que, la transición intergeneracional de los compromisos y del conocimiento se convierte en un elemento nodal del trabajo futuro.

Si hay un valor esencial de la agricultura familiar y agroecológica es el valor en la consolidación y construcción de desarrollo territorial. Para ello hay que mirar atentamente y de forma intuitiva al valor de los sistemas participativos de garantía, basados en criterios no administrativos, sino de confianza social mutua en los que los productores/consumidores sean los validadores de la calidad y sustentabilidad de la producción agrícola familiar campesina.

La apuesta agroecológica reclama a la sociedad compromisos socioambientales de primer orden. Su avance puede permitir un salto desde los procesos asociativos hacia la configuración de movimientos agroecológicos que amplio espectro y recorrido que busquen la mitigación de los problemas de crisis civilizatoria. Una posibilidad supone dejar de pensar en el futuro, no expandirlo con nuevos escenarios, sino pensar en cómo expandir el presente para contraer el futuro. Se trata de traer al presente los problemas y las soluciones. No queda tiempo y resulta necesario identificar alternativas posibles y necesarias. Pero para ello, se necesita una ruptura de las formas de producción de conocimientos que teja saberes en transición agroecológica para la innovación social, descolonizando los haceres y saberes para ubicar en el centro del debate los saberes del territorio. Para ello, se debe superar el proceso de dispersión en los procesos de producción para pensar en diseños biorregionales más integrales y holísticos que fomenten la optimización de los flujos de materia y energía y el diseño de metabolismos sociales en redes locales-regionales para favorecer el compromiso ciudadano con la agroecología, y así poder desengancharse de las lógicas de mercado global.

El régimen alimentario corporativo que implementa el círculo vicioso de intensificación de inputs, monetarización de procesos productivos, degrada los bienes de fondo de los ecosistemas. Ante eso, solo queda fortalecer la robustez social de la toma de decisiones colectiva (localización, autocontención, empoderamiento y asignación intergeneracional que habilitan formas varias de resiliencia agroecológica, desde una acción que debería combinar la autorregulación con diálogos que impliquen a toda la sociedad.

Son actos de rebeldía, de respuesta desde lo más cercano y privado, como es consumir desde lo que se produce en los territorios (en opciones del Norte global con la apuesta por los sistemas agroalimentarios territoriales de base agroecológica [SALbA]); pero son muchas las formas de populismo agrario-agroalimentario, actos de responsabilidad individual que construyen cambios, alternativas y movilizaciones sociales. Cabe ser cautos sobre como narrar y asumir estos procesos colectivos de producción y consumo agroecológico, dado que al estar inscritos en procesos de construcción de política pública dentro del *scaling up* en el marco de transiciones agroecológicas, se pueden caminar hacia riesgos de «colonización/subordinación» epistémica de los haceres del Sur dentro de las narrativas epistémicas que se crean desde el Norte.

Por otro lado, existen amenazas reales sobre la agricultura familiar como es la dinámica de cooptación de los procesos agroecológicos por parte de la agroindustria y de los sistemas convencionales de comercialización, en formas de cosmética verde o *green economy* que no hace más que internalizar los costes negativos del proceso de producción de agricultura convencional.

Se debe poner en valor el papel de las agroecologías políticas por su carácter emancipador, pero asumiendo el peligro del proceso de cooptación, fortaleciendo las tramas del modelo de desarrollo capitalista y extractivista; apostando por la dualidad entre una «agroecología neoliberal» y una «agroecología reformista». La continuidad de principios sobre sustentabilidad, equidad y justicia social aparecen como insatisfactorios frente a la amenaza del cambio climático y la crisis civilizatoria. Cooptación discursiva desde unas falsas agroecologías, pudiendo cuestionar su dimensión emancipadora real, caminando hacia prácticas consideradas como «reformismo agroecológico», desde la dualidad entre proyectos agroecológicos campesinos versus proyectos extractivistas, binomio que solo refuerza los procesos de cooptación. Toca apostar por economías que fracturen la brecha rural-urbano, que primen valores de uso, economías no/post/capitalistas, cuidando los hábitos de comunidad. Como hemos puesto de manifiesto en estas páginas, un reto a futuro es la organicidad (frente a lo individual), con praxis rizomáticas desde la autonomía organizativa, desjerarquizada-descolonizada en la transmisión del conocimiento y despatriarcalizada en sus lógicas relacionales (formación convivial).

La autonomía como reto no supone aislamiento, sino enlazamiento, articulación, ensamblaje, sinergias positivas comunitarias y de agentes externos, *la riqueza de las relaciones/emociones*.

Cabe aquí abrir un punto de reflexión que se plantean quienes trabajan en el campo de la agroecología: ¿La comercialización en mercados globales es una apuesta «esencial» de la producción agroecológica? ¿Si la agricultura familiar supone un compromiso con la Tierra como lugar de vida, si es un compromiso para producir local, es viable un alto consumo de energía y materia para la comercialización a escala ampliada de la producción del Sur global? El compromiso imperativo ético de la producción agroecológica debe reconsiderar una estacionalización de la generación y consumo de alimentos que debe ser protagonizada por todos los territorios en dimensión interescalar.

Esta realidad social, en el contexto del avance de los fascismos o movimientos ultra negadores de cualquier propuesta de alteridad frente a la lógica del capitalismo como civilización de muerte, nos debe alertar sobre una serie de peligros inmanentes en el campo de la transición agroecológica de los sistemas alimentarios:

Miedo/Riesgo 1. Procesos de anulación de las políticas de paz ambiental-reconciliación humanidad/territorios de la mano de reforzamiento de los mecanismos del corporatismo del agronegocio, cuya mejor herramienta es el sistema de comercialización conveniconal.

Miedo/Riesgo 2. Como plan alternativo, la cooptación/*green washing* de los productos y saberes agroecológicos por los sistemas de distribución convencional de comida, creando la falsa ilusión de la salubridad (confundida) de todos los productos de agricultura convencional, agroecología, agricultura bioorgánica, etc.

Miedo/Riesgo 3. Anular nuestro pensamiento reflexivo y crítico, que nace del conocimiento compartido, de la comunalización de nuestras formas de vida y pensamiento, amenazadas por una ideología *neoon* caracterizada por el «sálvese quien pueda».

En un contexto amplio y un futuro que no está escrito, cabe recordar que hay muchos futuros posibles.

Antonio Ortega Santos es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada y director del Observatorio Humanidades Ambientales, Universidad de Granada